

Más rojos que de costumbre
 Sus labios la madre encuentra.
 — ¡A qué se debe, hija mía?
 — Al zumo de las cerezas.

De ver al novio la jóven
 Viene por la vez tercera,
 Y más que rosa parece
 Por lo pálida, azucena.
 — ¡Qué te pasa, pobre niña,
 Que estás como blanca cera?
 — Madre, haz cavar una fosa
 Y mi cadáver entierra;
 Pon una cruz en mi seno
 Y estas palabras en ella:
 “Un día volvió á su casa,
 Rojas las manos pequeñas
 Porque su novio estrechólas
 Entre las suyas con fuerza.
 Volvió á su casa otro día,
 Los labios como cerezas
 De ósculo dulce al contacto
 Que consentir no debiera.
 Volvió á su casa mas tarde,
 Pálida como una muerta,
 Porque el mozo á quien amaba
 La olvidó.” ¡Pobre doncella!

EL GUANTE.

(SCHILLER.)

Á MI AMIGO EL SEÑOR DON FELIPE ESCALANTE.

Frente á la arena do los leones
 A trabar lucha terrible van,
 Bajo la sombra de sus pendones
 Entre los nobles está el rey Franz.
 Y en elevados palcos brillantes,
 A los dos lados del rey, se ven
 Mujeres bellas muy elegantes,
 Ceñida en rosas la blanca sien.

El rey su cetro de oro levanta:
Puerta de hierro cruge y se abrió,
Y asoma impávido y se adelanta
Del circo al centro grave leon.
Mira á la gente de espanto llena,
Abre la armada boca, y despues
Sacude altivo su gran melena
Y échase en tierra con languidez.

De Franz el cetro de nuevo brilla,
Cruge otra puerta con duro són:
Tigre de oscura piel y amarilla
Súbito salta frente al leon.
Con furia horrible brama y atruena
El gran palenque do va á luchar:
La cola agita y en el arena,
Cual la otra fiera, llégase á echar.

Hace el monarca señal tercera,
Y dos leopardos con rapidez
Salen del fondo de la leonera
Y sobre el tigre dan á la vez.
La lucha dura solo momentos:
El tigre presto los llega á asir,
Y los leopardos corren sangrientos
A refugiarse lejos de allí.

En aquel trance, de linda mano

Pequeño guante se desprendió:
Del palco quieren asirlo en vano,
Que entre las fieras al fin cayó.
La dama altiva dijo á su amante:
“Si tan heróico vuestro amor es,
Bajad al circo, mi blanco guante
De entre las fieras á recoger.”

El caballero con faz serena,
Tranquilo paso, firme ademan,
Desciende y huella la roja arena
Donde las fieras rugiendo están.
De terror llena, la gente calla;
Mas ve al apuesto jóven gentil
Alzar el guante, ganar la valla,
Y en ronco aplauso prorumpe al fin.

Viendo en el jóven tal osadía,
En dulce llama de eterno amor
La noble dama sintió que ardía:
Con rostro afable le recibió.
Mas él al rostro la arroja el guante;
Y al alejarse, con altivez
“Busca—la dijo—busca otro amante
Que necio quiera tu esclavo ser.”